

Testimonios de vida que fecundan la Iglesia

HIGINIO SÁNCHEZ
ISTIC Las Palmas

Resumen:

La santidad es el fruto de la vida de aquellos que han seguido fielmente a Cristo, la perfecta unión con Él. El pueblo de Dios es sensible a la fama de santidad de determinados siervos de Dios, pero esta apertura receptiva no siempre es acogida y encauzada adecuadamente. De ahí que sea preciso fomentar una pedagogía pastoral en torno a la santidad, porque ella es el objeto de la Revelación y, por tanto, prioridad para la Iglesia. El culto a los santos es de gran importancia, porque sus vidas son faros encendidos en la travesía de la Iglesia peregrina, y su intercesión, una ayuda importante para mantenernos fieles a Jesucristo.

Palabras clave:

Santidad, pedagogía pastoral, quehacer teológico, remedio curativo.

Abstract

Holiness is the fruit borne by those who have faithfully followed Christ, the perfect union with Him. The people of God are sensitive to the reputation of holiness of certain servants of God, but this receptive openness is not always welcomed and properly channeled. Hence, it is necessary to promote a pastoral pedagogy around holiness, because it is the object of Revelation and, therefore, a priority for the Church. The worship of the saints is of great importance since their lives are beacons lit in the journey of the pilgrim Church, and their intercession, an important help to keep us faithful to Jesus Christ.

Keywords

Holiness, pastoral pedagogy, theological task, healing remedy.

1. Matizaciones previas

No soy historiador. Mis humildes conocimientos van más en la línea teológica. En este sentido no presento una comunicación que suponga una investigación histórica propiamente dicha. Tampoco voy a presentarles los resultados de los trabajos históricos que se han hecho en la diócesis en torno a determinadas personas con fama de santidad. Son trabajos que muchos de ustedes ya conocen y es fácil acceder a ellos. Además de esto, algunos historiadores, con sensibilidad pastoral, han hecho un esfuerzo notable de divulgación de estos testimonios de vida, tanto en la sociedad en general como en el pueblo de Dios, aunque también considero que no hemos logrado una pedagogía adecuada que nos ayude a insertar todo este conocimiento en el interés real, tanto de pastores, como de consagrados, y en general del pueblo de Dios. O lo planteo de otra manera; en el pueblo de Dios sí hay una sensibilidad sobre la fama de santidad de determinados siervos de Dios, que tal vez no hayamos sabido responder y encausar adecuadamente. Por poner un ejemplo significativo: son muchísimos nuestros diocesanos que a mitad del mes de febrero visitan el municipio tinerfeño de La Laguna al calor de la fama de santidad de la Siervita. En la isla de Fuerteventura tenemos el testimonio maravilloso de fray Andresito, declarado ya venerable por la Iglesia, y muy querido en su isla natal, pero en cambio su fama de santidad no se ha extendido suficientemente por la totalidad de nuestra diócesis. Por eso, vaya por delante mi impresión personal de que la divulgación efectiva, la pedagogía histórica-teológica y pastoral de los testimonios de vida de personas con fama de santidad en nuestra diócesis es todavía una asignatura pendiente. Porque formas de divulgación ha habido, pero me temo que la animación pastoral de ellas ha sido bastante deficiente. Me pregunto: ¿Existirá un problema ideológico en este aspecto?

Es curioso, en la evangelización de nuestro pueblo canario, la Virgen María de forma especial, y los santos han tenido un papel importantísimo. La religiosidad popular que perdura en nuestras islas, y que es la base de la piedad de la mayoría de nuestros creyentes, ha tenido un fuerte sabor «agio-céntrico». Las celebraciones de tantas festividades marianas como de santos y santas, las iglesias dedicadas a ellos, las capillas, los novenarios, las peregrinaciones... han marcado un ritmo de religiosidad propio.

Cuando recorremos las Iglesias locales de la península, vemos en muchas de ellas la veneración de gran cantidad de santos y santas con sabor local. Han

nacido, vivido o fallecido en esas Iglesias locales. Sin embargo, en nuestra diócesis ni siquiera tenemos todavía un calendario propio bien establecido de las festividades y memorias de santos y beatos que nos afectan de forma particular. En algún momento, en el caso de la beata sor Lorenza Díaz Bolaños, siento como si se percibiera en sectores de la diócesis que el interés por esta beata es de tipo personal y no colectivo. Incluso mi comunidad parroquial vivió con dolor las dificultades que puso el Cabildo catedral para que hubiera en la iglesia, madre de la diócesis, un pequeño cuadro de la beata, única mujer canaria con culto.

Todo ello me hace pensar en una de las tesis fundamentales de esta pequeña comunicación: necesitamos fomentar una pedagogía pastoral en torno a esta realidad de fe.

2. La santidad como el objetivo de la revelación

«Todos los cristianos estamos llamados a la santidad y al apostolado, realizados y vividos según los dones que cada uno ha recibido del Espíritu...»

Este grito acertado de nuestro IX Sínodo diocesano constituye una de las propuestas transversales que marcan todo el ser y la actividad de la Iglesia. Ya el mismo Cristo nos lo pedía, en el Sermón del Monte, ser santos como nuestro Padre celestial lo es. Pablo insiste en ello de manera clara: para esto hemos sido predestinados en Cristo. En la teología de Juan el gran don del Verbo es hacernos hijos, lo cual supone un nuevo nacimiento, no de carne y sangre sino del Espíritu. De distintas maneras habla la Palabra de Dios de la santidad, que en definitiva es la victoria de la gracia en nosotros. El objetivo de la revelación es la salvación de las personas; en ello Dios alcanza su gloria. La victoria pascual de Cristo, victoria sobre el pecado y la muerte, delinea su objetivo final en la santidad, declarada o no, de tantos hermanos y hermanas que ya disfrutaban de ella, en la esperanza de la resurrección futura, que en María ya se vive plenamente.

3. La santidad, una prioridad fundamental para la Iglesia

La santidad es exigencia, además y primariamente, de toda la Iglesia, y dentro de ella de cada creyente de forma particular. Es más, toda la actividad de la Iglesia, que anuncia a Jesucristo a tiempo y a destiempo, tiene como finalidad reproducir en nosotros la imagen del Salvador.

La santidad es don de Dios. De hecho de forma absoluta, Dios es el único Santo. Pero Dios, cuando entra en la vida de las personas, es capaz de transformarlos. Todo creyente que tiene como objetivo el seguimiento a Jesús, en cualquier estado en que se encuentre, debe orientar la vida hacia esa santidad. Ella no es un objetivo solo posible o para unos pocos. Es un don regalado a todos, que requiere nuestra colaboración constante y paciente. La prueba de que el amor de Dios ha sido eficaz son los modelos de vida, diversos y creativos, que se han encarnado en vidas concretas.

Es más, se necesitan estos modelos concretos. La contemplación de modelos concretos de santidad ha suscitado deseos de imitación, y al sentir la intercesión de ellos, esperanza en la vida eterna. Nunca estos modelos se han presentado como alternativas al único Mediador que es Cristo; todo lo contrario, prueban la eficacia de la salvación que Cristo ofrece. Pero se requiere ante todo un compromiso comunitario, porque es la totalidad de la Iglesia la llamada a ser imagen del Hijo por el Espíritu Santo. Estos modelos no nacen al margen de la Iglesia, ni enfrentados a ella. Todo lo contrario, expresan lo mejor de la Iglesia, aunque algunos hayan vivido una pertenencia gozosa y sufriente a la vez. En la santidad se juega la Iglesia su ser y su misión. No tiene la Iglesia más cometido que anunciar a Cristo, prolongar esa llegada del Reino de Dios a todos los rincones de la historia, con la fuerza del Espíritu Santo. Y donde el Reino llega, la santidad florece de mil maneras, de forma poliédrica, creativa, dinámica, sorpresiva. Se hace presente en todo el Pueblo de Dios. Aparece escondida como tesoro no descubierto en medio de tantos conflictos y tormentas. Cuando uno concibe la Iglesia y su estructura como un mar de problemas y carencias termina por perder la sensibilidad que nos hace descubrir el paso de Dios en la vida de tantas personas. Recordemos siempre a la «Toda Santa», María, que proclama las grandezas de Dios en medio de un Israel que había perdido la esperanza, y que se encontraba como Isabel, recluida y avergonzada, y como Zacarías mudo y entristecido. Si perdemos en la Iglesia esta sensibilidad, nos vamos envejeciendo espiritualmente, amargando y disgustando. Qué bien nos hace releer siempre los dos primeros capítulos del evangelio de Lucas, tomando nota de sus personajes, de sus actitudes ante la vida, y su capacidad para leer los signos de la presencia misteriosa de Dios. El marco es un Israel envejecido y que ya cree poco en las promesas. Y en este marco surge lo nuevo, y personas, no solo María, también Simeón y Ana que saben interpretar los planes de Dios de forma novedosa. Ellos, sobre todo María, serán capaces de anunciar la alegría de la salvación, porque no se dejaron llevar del pesimismo religioso de sus contemporáneos.

Los santos son esas personas que dan la talla en situaciones muchas veces adversas; no huyen, no escapan, no se encierran, no se conforman con un cristianismo acomodaticio y lleno de lamentos. Son testigos de la esperanza.

4. La importancia del culto a los santos

Hay cristianos que dan al culto a los santos una dimensión marginal, tal vez porque rechazan determinadas prácticas devocionales, donde solo se pone de relieve los favores que esos santos pueden hacer ante las necesidades y sufrimientos que envuelven y dificultan la vida. Hay cultos a los santos que suscitan dudas sobre si parten de la centralidad de Jesucristo. Las situaciones que nos asoman a los límites humanos provocan todo tipo de búsquedas, en ocasiones desesperadas, y el recurso a los santos, entrarían dentro de esas posibilidades. No cabe duda que el tema de los milagros suscita muchas preguntas y cuestiones no fáciles de resolver, y en los procesos para determinar la santidad de un siervo o sierva de Dios de manera más notoria. No es mi intención tratar este tema. Pero por encima de estos problemas concretos, tanto en la devoción popular como en los procesos canónicos establecidos, lo importante es resaltar que la llamada a la santidad no es una cuestión marginal o secundaria en la vida cristiana y en el acontecer de la Iglesia, sino que es algo que hace mención a su identidad más profunda y su culto una riqueza litúrgica y espiritual.

En el caso que a nosotros nos concierne, una Iglesia particular sin santos reconocidos tiene una asignatura pendiente. Y digo bien, santos reconocidos. Porque santos, seguro que habrá muchísimos, y de hecho los que llevamos años en la vida cristiana hemos conocido y despedido a muchas personas con vidas ejemplares según el modelo de Cristo. Pero vuelvo a la cuestión capital: ¿Es importante para una Iglesia diocesana tener reconocida la fama de santidad de hermanos y hermanas nuestros? ¿Ese mirar hacia atrás analizando la vida de quienes podemos poner como ejemplos de cómo vivir en fidelidad al Evangelio, pertenece a una tarea que debe ser prioritaria o algo marginal, entretenimiento de algunos que tienen esa sensibilidad particular? ¿Aportan algo los santos a la vida de cada día y a los problemas humanos y pastorales que tenemos por delante? El Sínodo diocesano no se planteó este tema como tal. Sí recogió, como ya vimos, una aportación lúcida sobre la llamada a la santidad, que con buen criterio se añadió a las constituciones sinodales, y que fue respaldada por todos. Fue a la finalización del Sínodo cuando se abrieron en nuestra diócesis tres procesos diocesanos para la canonización: Un sacerdote diocesano y dos obispos. Los tres procesos en su fase diocesana concluyeron felizmente y

fueron remitidos y aceptados en Roma. Esa aceptación supone la afirmación que el proceso diocesano fue realizado correctamente según la normativa de la Iglesia. Fue un trabajo nada fácil. Supuso mucho esfuerzo y mucha ilusión. Hay que agradecer infinitamente el celo de don Juan Artilés Sánchez, y con él de muchas personas más. Desde el punto de vista histórico se trata de dos testimonios de vida situados a mitad del siglo XIX y uno a finales del XIX y comienzos del XX.

El primer proceso es el del sacerdote diocesano don Antonio Vicente González, natural de la villa de Agüimes, que murió siendo párroco de Santo Domingo de Las Palmas de Gran Canaria, en medio de una epidemia que le costó la vida atendiendo a enfermos y moribundos. Dicho proceso diocesano, además, requirió una investigación histórica exhaustiva, y recoger los testimonios que existían, pues ya hubo un intento de probar su fama de santidad que no se continuó. Junto a este proceso se añadió el de los obispos de Canarias, Buenaventura Codina y del padre Cueto, este último fundador de las dominicas, misioneras de la Sagrada familia. Estos dos procesos supusieron un trabajo más laborioso. A la investigación histórica, hecha con gran rigor, se unía un dictamen de carácter teológico, aspecto también laborioso entre otras cosas por la cantidad de escritos de estos dos siervos de Dios, de manera especial del padre Cueto. A mí me tocó participar en estos dos procesos como uno de los teólogos censores, siendo el otro don Juan Ramírez Valido. Los procesos de los siervos de Dios don Antonio Vicente y del Obispo Codina fueron patrocinados, y lo siguen siendo, como «parte actora» por el Cabildo catedral de Canarias. El proceso del siervo de Dios el padre Cueto, por las dominicas misioneras de la Sagrada Familia. En estos momentos, por un convenio entre la diócesis y la congregación de la misión, los padres paúles, es parte actora de forma conjunta el cabildo catedral y dicha congregación.

Los tres procesos fueron felizmente finalizados en diversos años. Actualmente siguen su curso en Roma en fases diferentes, con tres postuladores romanos, siendo el más avanzado el del don Antonio Vicente, con el deseo de que pronto pueda ser declarado venerable, ya que a la aprobación de la positio le ha seguido el dictamen favorable de los teólogos. El proceso del padre Cueto tiene terminada su positio que debe ser defendida. En el caso del obispo Codina la positio está en fase de elaboración.

Ya nuestra Iglesia diocesana había tenido intentos de llevar a cabo anteriormente procesos para la beatificación y canonización que se paralizaron. (Casos significativos son los de don Antonio Vicente y el de sor Catalina de

San Mateo). Las dificultades canónicas, la lejanía de Roma, la muerte de algunos actores, lo costoso de los procesos, serían causas de su no finalización. Pero ahora, ya de manera decidida, después del Sínodo, se emprendía, por fin tres procesos en una diócesis con seis siglos de historia.

En medio de todo esto, «una mártir se nos adelanta». Utilizo una expresión oída a don Juan Artiles. El 13 de octubre de 2013, en el listado de los mártires proclamados en Tarragona, se hace mención a la hija de la ciudad de Santa María de Guía en Gran Canaria, la hija de la Caridad, sor Lorenza Díaz Bolaños. Es la primera mujer canaria en los altares, con el culto y reconocimiento que puede tener tanto en su diócesis de origen como en la de su martirio y entre las hijas de la Caridad. El pasado 12 de diciembre recibimos otra grata noticia. El dominico fray Tomás Morales, natural de Carrizal de Ingenio está en la lista de próximos nuevos beatos que el Papa ha autorizado proclamar. Dicha proclamación solemne será el 19 de septiembre en Almería. Otro nuevo mártir se nos adelanta.

También, antes de la declaración de nuestra beata, vivimos con inmenso gozo, unidos a nuestra diócesis hermana de Tenerife la canonización del santo hermano Pedro, y hace poco tiempo la del padre José de Anchieta.

Creo que poco a poco vamos tomando conciencia, pero muy lentamente, de la importancia de tener nuestros beatos y santos reconocidos. Sus vidas son faros encendidos en la travesía de nuestra Iglesia que peregrina, y su intercesión siempre importante ayuda a que nos mantengamos fieles a Jesucristo. A veces nos pesa el cansancio. Queremos que los procesos sean más rápidos, y las urgencias de cada día, hacen que en ocasiones pase al olvido esta riqueza diocesana. Pero si lo que rezamos en los prefacios de los santos es «Lex Credenti», no debemos olvidar estas indicaciones. Pero a pesar de ello, insisto que sigue habiendo una cierta alergia a alentar este tema en determinados sectores de la diócesis.

5. La santidad en el quehacer teológico

El quehacer y la formación teológica deberían contribuir, en mi humilde opinión a alentar esta dimensión, y a superar miradas estrechas que nos empobrecen. Lo que al comienzo decía sobre la santidad partiendo de forma esquemática de la revelación, lo vuelvo a subrayar ahora desde la perspectiva de la teología, teniendo en cuenta que nos encontramos en este lugar donde se fomenta el estudio y la maduración teológica. Todos los grandes tratados de

teología apuntan hacia la santidad. La Cristología nos presenta a Jesucristo, modelo de la humanidad redimida. Él es el que nos revela el hombre al hombre, como nos recuerda el Concilio. La Eclesiología nos presenta la nota de la santidad y la exigencia que eso conlleva, porque ella es sacramento universal de santidad. La vida nueva de la gracia, centro de la Antropología teológica, con la vivencia de las virtudes, tiene este elemento como eje fundamental, porque una humanidad nueva redimida en Cristo es el proyecto de Dios sobre el mundo. La Escatología, el fin de la humanidad redimida en Cristo, la Teología espiritual, el tratado de Sacramentos, la Moral, la Teología pastoral... No hay tratado teológico que no apunte directa o indirectamente hacia esta meta. Es en el fondo el gran tema que de manera trasversal recorre todos los tratados de teología. Evangelizamos para lograr la santidad. Hasta la normativa de la Iglesia requiere de ese último canon que nos habla de la «salus animarum». Si la santidad no ha llegado de forma concreta, el proyecto de Dios es una quimera. Cada ser humano, cada tiempo, tiene que hacer posible de forma concreta ese proyecto de Dios, donde prima siempre su iniciativa salvadora con el reinado de la gracia; iniciativa que acoge a personas colaboradoras con la acción de Dios. La santidad no se compra ni se vende. Es gracia de Dios que requiere nuestra colaboración. Antes incluso que la Iglesia en su magisterio nos ayudara a precisar la acción de la gracia en el ser humano (recordemos la polémica de Agustín frente a Pelagio o la declaración hermosa de Trento), las Iglesias particulares ya celebraban la memoria de sus santos. Lo hace desde los primeros siglos, donde tienen un puesto especial los mártires. Celebrar a hermanos y hermanas que lo han dado todo, anima en la carrera que nos toca. Es una nube de testigos, cuanto más cercanos mejor, que nos miran y alientan. Es más, en cada comunidad cristiana deberíamos tener memoria escrita de personas concretas ya fallecidas que han dejado una huella imborrable de verdadera santidad. Nunca serán reconocidos de forma oficial, pero su testimonio ha fecundado esas comunidades y la totalidad de la Iglesia.

6. La santidad canonizable

El problema en la declaración oficial de la santidad estriba en la capacidad que podamos tener de «demostrarla». La santidad que se reconoce oficialmente, «la santidad canonizable», implica la categoría de heroica en cuanto a las virtudes de la vida cristiana, tanto en cuanto a las virtudes teologales, como a las virtudes cardinales, y otras asociadas a ellas. Estos candidatos al honor de ser reconocidos por la Iglesia, y tener culto, deben expresar que vivieron las virtudes cristianas en un grado superior al común de los fieles. No se trata de

un premio ni supone discriminación con respecto a otros creyentes de vida ejemplar. Hablamos ante todo de la victoria pascual de Cristo en esas personas concretas. En el fondo, al testimoniar a los santos y santas, alabamos a Jesucristo.

Requiere también junto a esto una fama de santidad que el pueblo de Dios ya reconoce de alguna manera y ha fomentado, mediante la intercesión. Por eso, junto a los procesos canónicamente establecidos para demostrar las virtudes vividas en grado heroico, es necesario descubrir y fomentar esa oración privada de fieles concretos que, al calor de la fama de santidad, se acojan a la ayuda de esos siervos de Dios. Así, van apareciendo testimonios de gracias concretas recibidas de Dios, después de haber sido invocada, de forma clara, la ayuda de estos siervos de Dios, o ya venerables, o ya beatos. Yo entiendo que esta dimensión de los procesos para la canonización suelen ser los más delicados y también los que pueden provocar en algunos creyentes más resistencias desde el punto de vista intelectual. Pero aquí viven otros aspectos del culto a los santos. No solamente presentamos vidas ejemplares, como si fueran libros antiguos abiertos para adquirir sabiduría, o para animarnos. El objetivo del culto es también que esos hermanos y hermanas «hablen» de manera concreta a las personas que los recuerdan y los invoquen sobre el poder y la fuerza de Dios que sigue actuando en nosotros. Y «hablen» desde la comunión que tenemos todos los redimidos en Cristo. Recordemos que creemos que ellos viven en Cristo, en la espera de la resurrección de la carne (excepción hecha de María), alientan nuestras luchas y nos ayudan de mil maneras para que culminemos la carrera que nos toca.

Pero volvamos al eje central: La santidad es el testimonio de aquellos que han seguido fielmente a Cristo; la perfecta unión con Él. Recordando el texto hermoso de la *Lumen Gentium 50*, podemos enumerar los tres elementos que supone la santidad:

1. Parte del seguimiento de Cristo.
2. Culmina en la perfecta comunión con Él.
3. Es una llamada hecha a todos que no supone cambiar el estado o condición propia.

No es una carrera de obstáculos para conseguir un premio. Solo la configuración con el Santo nos hace santos. La santidad de Dios es única, propia, auténtica, perfecta. La santidad vivida y reconocida es participada, es don. No se trata de presentar vidas perfectas. Al contrario, una de las características del

creyente que se toma en serio la fe es la conciencia cada día más explícita de su debilidad, de sus pecados. Pero junto a esta conciencia, aparece otra más radical que supone la experiencia del amor de Dios que levanta, sana, orienta y propicia la entrega de la propia vida. En los relatos que se van transmitiendo sobre los santos hay una tendencia a eliminar o mitigar determinados episodios o reacciones que pudieran parecer menos dignas de esas personas. Así, con el paso del tiempo, los relatos se van adornando de un cierto halo de artificialidad. Pero la realidad es siempre más compleja, o más simple podríamos decir. Han sido seres humanos tocados por la gracia. Recordemos aquello que la teología nos ha repetido siempre: la gracia nunca anula la naturaleza, sino que la perfecciona. De hecho, muchos han sido en determinados aspectos «genios y figuras hasta la sepultura». Se trata de haber puesto su humanidad en las manos de Dios. «Así te necesito de carne y hueso», rezamos en el oficio de Laudes, referido a Cristo, pero también es lo que Cristo nos puede decir a nosotros. Quien niega su propia naturaleza, niega al propio Cristo, que te creó sin ti, pero que no te salvará sin ti.

La santidad se recibe en este vaso de barro que somos nosotros y se construye esencialmente en el cultivo de la virtud teologal de la caridad, mediante la fe y la esperanza, unidas a las virtudes morales, que a su vez se alimentan de la caridad. Podríamos decir, que todo descansa en esta virtud, la caridad, que traspasa las barreras del espacio y el tiempo y nos une con lo eterno.

7. Conclusiones

El santo Padre Francisco en su exhortación sobre la Amazonía nos ha sorprendido con ese término de la «santidad amazónica». Coherente con ese deseo de saber acoger y valorar la santidad de la puerta de al lado, nos regala ese deseo de una vida cristiana que se siga encarnando en los diversos contextos humanos. Todo ello nos lleva de nuevo a preguntarnos por la santidad vivida en nuestras islas. Nuestra Iglesia diocesana no es una Iglesia sin historia. El Evangelio llegó incluso antes de la conquista. No se entiende la historia de nuestras islas sin la fe cristiana.

Seis siglos de presencia estable de la fe cristiana, además de algún intento anterior de evangelización. Historiadores y profesores de teología debemos ir de la mano en rastrear esa fama de santidad y ponerla de manifiesto, más allá de que sean famas de santidad canonizables. Creo que nos jugamos mucho en esto. Porque los creyentes también estamos afectados de alguna manera por

esa fama de perversión y mediocridad que de forma interesada se fomenta de la Iglesia. Hacer valer la santidad es el único remedio curativo. Para ello debemos superar actitudes ideológicas y prejuicios que nos dañan. Nuestra mayor riqueza son nuestros santos. Nuestra mayor torpeza es meter debajo del celemín sus lámparas. Los que hemos conocido y acompañado hermosos ocasos creemos que lo que han sembrado permanece, no solo en Dios, sino como don en los que seguimos peregrinando. Reconozco y valoro como acierto la iniciativa del ISTIC de dedicar estas jornadas a los testimonios de vida. Que el quehacer teológico y el buen hacer de los historiadores, unido a una buena pedagogía pastoral, hagan que no caigan en el olvido.